

recía ahora en medio de Troyes, después de haber puesto en fuga con un puñado de hombres á los ejércitos de la Europa, y veía á los aliados, antes tan altaneros, que le pedían, si no el soltar las armas, al menos que les dejara en descanso algunos días. Extraño cambio de fortuna que prueba como un hombre de carácter y de genio que sabe perseverar en la guerra, modifica á veces en su favor una situación desesperada en apariencia. ¿Pero era este cambio de fortuna bastante decisivo para que se pudiera contar con él? Duda terrible que únicamente la prudencia unida con el genio podía convertir en certidumbre. Era precisa, en efecto, mucha circunspección en la victoria relativamente á los aliados, para abatir la jactancia de los unos sin desalentar la moderación de los otros, y aprovechar al vuelo, digá-

moslo así, la ocasión de una transacción muy difícil de operar entre las proposiciones de Francfort y las de Chatillón.

Aquí estaba el problema. Desgraciadamente Napoleón confiaba demasiado en los nuevos favores de la fortuna para ser prudente, si bien es cierto que en aquel instante podía abrigar tal confianza si sólo consideraba el exterior de las cosas. ¡Por qué no podemos tenerla nosotros y hacernos ilusión al menos un momento en este triste relato de los tiempos pasados, pues en 1814 se trataba no de un hombre, no de un grande hombre, que es en el mundo lo más interesante después de la patria, sino de la Francia, á la que podían salvar la mitad de su grandeza, á la que podían conservar Maguncia sacrificando Amberes!

LIBRO QUINUAGÉSIMO TERCERO

PRIMERA ABDICACIÓN

Estado interior de París durante las últimas operaciones militares de Napoleón. — Manejos secretos de los partidos. — Actitud de Mr. de Talleyrand; sus miras; envío de Mr. de Vitrolles al campo de los aliados. — Conferencias de Lusigny, instrucciones dadas á monsieur de Flauhaut sobre las condiciones del armisticio. — Esfuerzos hechos por nuestra parte para hacer prejuguar la cuestión de las fronteras trazando la línea de separación de los ejércitos. — Retirada del príncipe de Schwartzberg hasta Langres. — Gran consejo de los aliados. — El partido de la guerra quiere que se den á Blücher los cuerpos de Wintzingerode y de Bulow, para que pueda marchar contra París. — Las dificultades de quitar estos cuerpos á Bernadotte vencidas extraordinariamente por lord Castlereagh. — Este último aprovecha la ocasión para proponer el tratado de Chaumont, que une á la coalición durante veinte años y se hace así el fundamento de la Santa Alianza. — Llegada de Blücher y de su partido; su marcha para unirse con Bulow y Wintzingerode. — Peligro del mariscal Mortier enviado á la otra parte del Marne, y de Marmont que había sido dejado entre el Aube y el Marne. — Estos dos mariscales consiguen reunirse y contienen á Blücher en tanto que Napoleón acude en su socorro. — Marcha rápida de Napoleón á Meaux. — Dificultades de atravesar el Marne. — Blücher, cubierto por el Marne, quiere derrotar á los dos mariscales que habían tomado posición detrás del Ourcq. — Napoleón pasa el Marne, se reúne con los dos mariscales y persigue á Blücher que tiene que retroceder al Aisne. — Situación casi desesperada de Blücher amenazado de ser arrojado al Aisne por Napoleón. — La rendición de Soissons, que entrega á los aliados el puente del Aisne, salva á Blücher de una destrucción segura, y le procura un refuerzo de cincuenta mil hombres con la reunión de Wintzingerode y de Bulow. — Situación crítica de Napoleón y su impasible firmeza en presencia de ese súbito cambio de fortuna. — Primera idea del proyecto de marchar á las plazas fuertes, sacar las guarniciones y caer á la cabeza de cien mil hombres sobre la retaguardia del enemigo. — Antes es necesario dar una batalla á Blücher. — Napoleón toma el puente de Berry-au-Bac y pasa el Aisne con cincuenta mil hombres en presencia de los cien mil hombres de Blücher. — Peligros de la batalla que es preciso dar con cincuenta mil hombres contra cien mil. — Razones que deciden á Napoleón á tomar la altura de Craonne para marchar á Laón por el camino de Soissons. — Sangrienta batalla de Craonne dada el 7 de marzo, en la cual toma Napoleón las formidables posiciones del enemigo. — Después de haberse apoderado del camino de Soissons, Napoleón quiere penetrar en la llanura de Laón para consumar la derrota de Blücher. — Nueva y más sangrienta batalla de Laón dada en los días 9 y 10 de marzo y cuyo resultado queda indeciso por haberse dejado sorprender Marmont. — Napoleón tiene que retirarse á Soissons. — Su indómita energía en una situación casi desesperada. — Habiéndose acercado el cuerpo de Saint-Priest, cae sobre este cuerpo que derrota en las cercanías de Reims, después de haber muerto al general. — Napoleón, amenazado de ser cogido entre Blücher y Schwartzberg, se resuelve á ejecutar su gran proyecto de marchar á las plazas para sacar las guarniciones y caer sobre la retaguardia de los aliados. — Sus instrucciones para la defensa de París durante su ausencia. — Consternación de esta capital. — Consultado el consejo de regencia quiere que se acepten las proposiciones de Chatillón. — Indignación de Napoleón, que amenaza con el encierro en Vincennes á José y á cuantos hablen de someterse á las condiciones del enemigo. — Sucesos ocurridos en el Mediodía y batalla de Orthez, á cuya consecuencia el mariscal Soult marcha á Tolosa dejando descubierta la ciudad de Burdeos. — Entrada de los ingleses en Burdeos y proclamación de los Borbones en esta ciudad el 12 de marzo. — Triste efecto de estos acontecimientos en París. — Napoleón al ver el espanto de la capital, hacia la cual se ha adelantado mucho el príncipe de Schwartzberg, se decide antes de marchar á las plazas, á caer sobre la retaguardia de Schwartzberg para desviarle de París llamándole hacia sí. — Movimiento del Marne al Sena y paso del Sena por Mery. — Napoleón se encuentra de repente enfrente de todo el ejército de Bohemia. — Batalla de Arcis del Aube dada el 22 de marzo, en la cual veinte mil franceses se sostienen durante un día contra noventa mil rusos y austriacos. — Napoleón toma al fin el partido de volver á pasar el Aube para cubrirse con este río. — Dirígese á Saint-Dizier con la esperanza de haber atraído hacia sí al ejército de Bohemia. — Su proyecto de avanzar hasta Nancy para reunirse con cuarenta ó cincuenta mil hombres de varias guarniciones. — En el camino se le presenta Mr. de Caulaincourt que ha tenido que abandonar á Chatillón por no haber admitido las proposiciones de los aliados. — Fin del congreso de Chatillón y de las conferencias de Lusigny. — Napoleón no siente lo que ha hecho y no desespera aún de su fortuna. — Durante este tiempo los ejércitos de Silesia y de Bohemia, entre los cuales ha cesado de interponerse, se reúnen en las llanuras de Chalóns y deliberan sobre la marcha que deben adoptar. — Gran consejo de los aliados. — La razón militar aconseja seguir á Napoleón y la razón política dejarle para marchar á París y ocasionar una revolución. — Cartas interceptadas de la emperatriz y de los ministros deciden la marcha á París. — Influencia del conde Pozzo-di-Borgo en esta ocasión. — Movimiento de los aliados hacia la capital. — Marmont y Mortier que han quedado cortados de Napoleón encuentran al ejército entero de los aliados. — Triste jornada de Feré-Champenoise. — Retirada de los dos mariscales. — Aparición del grande ejército de los aliados á las puertas de París. — Incapacidad del ministro de la Guerra é incuria de José que no han preparado nada para la defensa de la capital. — Consejo de regencia en que se decide la retirada del gobierno y de la corte á Blois. — En lugar de organizar una defensa popular en el interior de París, tienen la loca idea de dar una batalla fuera de sus muros. — Batalla de París dada el 30 de marzo con veinticinco mil franceses contra ciento setenta mil aliados. — Arrojo de Marmont y de Mortier. — Capitulación forzosa de París. — Mr. de Talleyrand trata de quedarse en París y de apoderarse del espíritu de Marmont. — Entrada de los aliados en la capital; sus contemplaciones; actitud con las diferentes clases de la población. — Manifestaciones de los soberanos hacia Mr. de Talleyrand, á quien hacen en cierto modo el árbitro de los destinos de la Francia. — Sucesos que pasan en el ejército durante la marcha de los aliados á París. — Brillante combate de Saint-Dizier, circunstancia fortuita que desengaña á Napoleón y le da á conocer en fin que no le siguen los aliados. — El peligro evidente de la capital y el grito de su ejército le deciden á volverse. — Su vuelta precipitada. — Napoleón para llegar más pronto se separa de sus tropas y llega á Fromenteau entre once y doce de la noche, cuando se estaba firmando la capitulación de París. — Su desesperación, su irritación y su prontitud en serenarse. — De repente forma el proyecto de arrojar sobre los aliados diseminados en la capital y repartidos entre las dos orillas del Sena, pero como no tiene aún consigo el ejército, se propone ganar negociando los tres ó cuatro días que necesita para que llegue. — Encarga á Mr. de Caulaincourt que vaya á París para ocupar á Alejandro con las

negociaciones y se retira á Fontainebleau con la intención de concentrar aquí á su ejército. — Mr. de Caulaincourt acepta ese encargo, pero con la secreta intención de firmar la paz á toda costa. — Acogida hecha por el emperador Alejandro á Mr. de Caulaincourt. — Este príncipe, desarmado por el triunfo, se convierte en el más generoso de los vencedores. — Sin embargo, no promete nada si no es una pensión conveniente para la persona de Napoleón. — Los soberanos aliados, excepto el emperador Francisco, retirado en Dijón, celebran un consejo en casa de Mr. de Talleyrand para decidir en punto al gobierno que conviene á la Francia. — Principio de la legitimidad felizmente expresado y bien sostenido por Mr. de Talleyrand. — Declaración de los soberanos que no tratarán ya con Napoleón. — Convocatoria del senado, formación de un gobierno provisional á cuya cabeza se encuentra Mr. de Talleyrand. — Alegría de los realistas; sus esfuerzos para hacer proclamar inmediatamente á los Borbones; viaje de Mr. de Vitrolles para ir en busca del conde de Artois. — Mr. de Talleyrand y algunos hombres ilustrados que le rodean, moderan el movimiento de los realistas y quieren que se redacte una Constitución que será condición terminante de la vuelta de los Borbones. — Pronta aprobación dada por Alejandro á estas ideas. — Destitución de Napoleón pronunciada el 3 de abril y redacción por el senado de una Constitución á la vez monárquica y liberal. — Vanos esfuerzos de Mr. de Caulaincourt en favor de Napoleón cerca de Alejandro y del príncipe de Schwartzberg. — Le envían á Fontainebleau para aconsejar la abdicación á Napoleón, y al mismo tiempo tratan de ganar á los jefes del ejército. — En virtud del consejo de Mr. de Talleyrand, todas las tentativas de seducción se dirigen al mariscal Marmont, que forma en Essonne la cabeza de columna del ejército. — Sucesos de Fontainebleau durante los acontecimientos de París. — Grandes proyectos de Napoleón. — Su convicción, si le secundan, de destrozar al enemigo dentro de París. — Sus disposiciones militares y su extremada confianza en Marmont á quien ha colocado en el Essonne. — Respuestas evasivas que da á Mr. de Caulaincourt y sus secretas resoluciones para el día siguiente. — Al otro día, 4 de abril, reúne el ejército y anuncia la determinación de marchar á París. — Entusiasmo de los soldados y de los oficiales antes abatidos, y consternación de los mariscales. — Éstos, haciéndose intérpretes de todos los hombres cansados, dirigen á Napoleón vivas representaciones. — Napoleón les pregunta si quieren vivir con los Borbones. — A su respuesta unánime de que quieren vivir bajo el cetro del rey de Roma, se decide á enviarlos á París con Mr. de Caulaincourt para obtener la transmisión de la corona á su hijo. — Mientras finge aceptar esta transacción, sigue resuelto á la gran batalla de París y hace todos sus preparativos para ella. — Marcha de los mariscales Ney y Macdonald con Mr. de Caulaincourt para ir á negociar la regencia de María Luisa á costa de la abdicación de Napoleón. — Su encuentro con Marmont en Essonne. — Apuros de éste que le confiesa que ha tratado en secreto con el príncipe de Schwartzberg y prometido pasar con su cuerpo de ejército al lado del gobierno provisional. — De resultados de sus observaciones recoge la palabra dada al príncipe de Schwartzberg, ordena á sus generales que estaban en el secreto que suspendan todo movimiento y acompañen á París á la diputación encargada de negociar en favor del rey de Roma. — Entrevista de los mariscales con el emperador Alejandro. — Este príncipe, vacilante un momento, aplaza la discusión para el día siguiente. — Entretanto, habiendo llamado Napoleón á Marmont á Fontainebleau para preparar su grande operación militar, los generales del 6.º cuerpo se creen descubiertos, abandonan el Essonne y ejecutan el proyecto suspendido por Marmont. — Esta noticia acaba de decidir á los soberanos aliados y abandonan definitivamente la causa del rey de Roma. — Mr. de Caulaincourt es enviado cerca de Napoleón para obtener su abdicación pura y simple. — Napoleón, privado del cuerpo de Marmont y no pudiendo por consiguiente emprender nada formal, toma el partido de abdicar. — Regreso de Mr. de Caulaincourt á París y sus esfuerzos para obtener una pensión conveniente para Napoleón y la familia imperial. — Generosidad de Alejandro. — Mr. de Caulaincourt obtiene la isla de Elba para Napoleón, el gran ducado de Parma para María Luisa y el rey de Roma, y pensiones para todos los príncipes de la familia imperial. — Su vuelta á Fontainebleau. — Tentativa de Napoleón para suicidarse. — Su resignación. — Elevación de sus pensamientos y de su lenguaje. — Constitución del senado y entrada del conde de Artois en París el 12 de abril. — Entusiasmo y esperanzas de los parisienses. — Marcha de Napoleón á la isla de Elba. — Ojeada general sobre las grandezas y las faltas del régimen imperial.

Napoleón quería procurar algún alivio á la ciudad de París, antes tan alarmada, y hacerla partícipe de sus triunfos; quería sobre todo reanimar los espíritus, lo que era una gran ventaja para la organización de sus fuerzas, pues no se obtiene nunca mucha ayuda de un pueblo desalentado. Bajo este concepto había prescrito una ceremonia militar y religiosa para la recepción de las banderas y la entrada de los veinticinco mil prisioneros que habían cogido al enemigo.

Había deseado que estos prisioneros, entrando del Este al Oeste por París, recorrieran toda la extensión de los bulevares á fin de que los parisienses pudieran convencerse de la realidad de los prodigios operados por su emperador. En aquellas circunstancias el cálculo excusaba el orgullo.

Con efecto, á la noticia de la llegada de estos prisioneros la población de París acudió á los bulevares para ver desfilar juntos prusianos, austriacos y rusos, que marchaban desarmados con sus oficiales generales á la cabeza. Sin mostrarse arrogantes no estaban consternados, y en sus rostros podía leerse otra expresión que la que antes se pintaba en los prisioneros de Austerlitz ó de Jena: les quedaba cierta confianza y un verdadero orgullo por haber sido cogidos en lugares tan próximos á nuestra capital.

Aunque hubiera ya mucho cansancio de las arbitrariedades imperiales y de su despotismo, que después de haber llevado la guerra hasta el Kremlin la traía hoy á

las cuestas de Montmartre, sin embargo las masas, dominadas por la impresión del momento, no podían menos de aplaudir los últimos triunfos de Napoleón, y sentían la más viva satisfacción al ver desfilar vencidos y cautivos aquellos soldados extranjeros que habían temido ver entrar en París vencedores y devastándolo todo. Por lo demás, con la delicadeza natural de la nación francesa, nadie les ofendió. ¡La imprevisión en otro caso habría sido demasiado grande! Después de un primer instinto de regocijo, principiaron á compadecerles, y al ver la extremada miseria de la mayor parte de aquellos prisioneros, más de un alma caritativa les envió una limosna que ellos recibieron con sincera gratitud.

En la corte las cosas tomaron un aspecto más sereno. Muchos personajes acudieron cerca de la emperatriz y del rey de Roma, y en particular los altos funcionarios que, habiendo creído en peligro al trono imperial, habían tratado de alejarse para no quedar sepultados entre sus ruinas. Aparecieron unos alegres, algunos, sin embargo, un poco recelosos acerca de la acogida que les esperaba, pero ponderando todos la gloriosa campaña cuya temeridad deploraban algunos días antes; y después de haber repetido la vispera ó antevíspera que era una locura no aceptar las fronteras de 1790, ahora reclamaban contra una paz tan deshonorosa y declaraban muy alto que las bases de Francfort debían ser la absoluta condición de la paz futura. María Luisa, demasiado extraña á nuestro país para conocer y juzgar á aquellos

hombres, turbada además con la alegría casi tanto como lo había estado por el temor, hizo una buena acogida á todos los que se presentaron y casi hasta se lisonjeó con la esperanza de ver renacer en breve los hermosos días de su primera llegada á Francia (1).

Esta alegría y las consecuencias que ella produce y disculpa, no se distinguían mucho en los partidos enemigos. Aunque estos partidos fuesen dos, los antiguos revolucionarios y los realistas, no eran dos en sentir los triunfos de Napoleón. Los revolucionarios estaban casi gozosos por temor del extranjero y por odio á los Borbones. Los realistas, después de haber esperado un momento la vuelta de sus queridos príncipes, se preguntaban con dolor si era preciso renunciar de repente á esa esperanza. Buscaban una excusa para sus secretos deseos en las desgracias que Napoleón había traído sobre la Francia, y se decían que todas las manos eran buenas, aun las del extranjero, para libertarse de un despotismo tan odioso. Sin embargo, se contentaban con formar votos y permanecían en la inacción más completa. Las conversaciones en voz baja en los círculos de la antigua nobleza y el clero; rumores malévolos en los cuales se exageraban nuestros descalabros ó se ponían en duda nuestros triunfos, y una resistencia inerte á las medidas de la administración, constituían todos sus esfuerzos contra el gobierno imperial. Los emigrados que desde el tiempo de la revolución no habían cesado de vivir en el extranjero cerca de los príncipes de Borbón, casi habían perdido la costumbre de estar en correspondencia con el interior de la Francia. En aquel momento trataban de recobrar esa costumbre sin hallar mucho eco, y verbigracia en las provincias amenazadas de invasión, nadie se había atrevido á salir á su encuentro para proclamar á los Borbones. Apenas algunos realistas osaban intentar una manifestación en las poblaciones sólidamente ocupadas ya por los ejércitos aliados. En Troyes, dos viejos caballeros de San Luis habían presentado á Alejandro una súplica pidiendo el restablecimiento de los Borbones, imprudencia que debía costar muy cara á esos infortunados. En París se citaban dos miembros de la antigua nobleza, M.M. de Polignac, que trasladados de una cárcel á una casa de sanidad, se habían escapado para ir á ofrecer, arriesgándolo todo, al conde de Artois su acrisolada adhesión.

Nada formal podían, pues, intentar esos hombres demasiado extraños hacía veinticinco años á los asuntos de la Francia para ejercer en ella alguna influencia. Era preciso que algunos miembros del gobierno actual, los unos descontentos de Napoleón que los había maltratado, los otros deseando asegurar su posición bajo un régimen nuevo, tendiesen la mano á los realistas para que pudiese tamarse en su favor una conspiración algo eficaz y en todo caso bien oculta. Sin duda se urdía algo parecido entonces, pero en secreto y con mucho miedo.

De todos los descontentos que había hecho el régimen imperial, Mr. de Talleyrand era el que más daba

(1) No supongo nada; tomo estos pormenores de la correspondencia del ministro de la Policía y la del archicanciller que informaban á Napoleón de todo cuanto pasaba. Lo advierto por la centésima vez, felizmente la última, pues llevo al término de mi tarea. Pero no me canso de poner á cubierto mi responsabilidad de historiador, y es este un escrípulo que el lector me perdonará, pues me prometo que le probaré mi amor á la verdad histórica.

que pensar, tanto á los amigos de los Borbones como á los de los Bonapartes. Mr. de Talleyrand era objeto de las esperanzas de los unos y de los temores de los otros, y aunque se hallaba en posición y aun en visperas de desempeñar un gran papel, se exageraba mucho lo que podía y lo que se atrevería á hacer. No cabía duda en que una vez llegado el momento, es decir, vencido definitivamente Napoleón, y el enemigo dentro de París, Mr. de Talleyrand era el único hombre de quien podrían valerse para constituir un nuevo gobierno sobre las ruinas del gobierno caído; pero que él pudiera y quisiera tomar la iniciativa de una revolución, ondeando aún en las Tullerías la bandera tricolor, era un temor sin motivo de la policía imperial y una pura ilusión de los salones realistas. La mala voluntad de Mr. de Talleyrand hacia el imperio era sin duda tan grande como podía ser, pero sus medios y su temeridad no estaban al nivel de esa mala voluntad.

Al no querer admitir la cartera de las relaciones exteriores dos meses antes, sobre todo porque no querían dejarle la calidad de alto dignatario, había casi roto con el imperio, y como hemos dicho, Napoleón la vispera de su marcha para el ejército le había tratado de un modo que debía inspirarle vivas inquietudes. Algunas insinuaciones de personas que estaban en relaciones con los Borbones le habían descubierto, cosa que él ya sabía, que los servicios de un obispo casado serían bien acogidos por los príncipes más poderosos, pues no hay nada que no se olvide ante los servicios no hechos, sino que están por hacer todavía. Los partidos sólo tienen memoria para aquello que les conviene: según las necesidades del momento se acuerdan de todo ó lo olvidan todo. Mr. de Talleyrand, con su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, no tenía entonces que aprender que su carrera, concluida con los Bonapartes, podía comenzar de nuevo fácilmente con los Borbones. Pero conocía al duque de Rovigo, que era tratable, familiar y aun amistoso con aquellos á quienes vigilaba, pero que era también capaz, á la primera sospecha fundada ó á una orden de Napoleón, de aplicar su dura mano de soldado sobre la capa de un alto dignatario. Por eso, Mr. de Talleyrand obraba con mucha cautela.

Mr. de Talleyrand recibía en su casa de Mr. de Saint Florentín, que en breve se hizo célebre, al duque de Dalberg, al abate de Pradt y al barón Luis, con otros personajes. Mr. de Dalberg, descendiente de los ilustres Dalberg de Alemania, sobrino del príncipe de Primat, primero enemigo y luego amigo del imperio, bien dotado en la época de las secularizaciones, incomodado algún tiempo con Napoleón porque éste había transportado al príncipe Eugenio la herencia del príncipe de Primat; hombre de corta estatura, de maneras á la vez alemanas y francesas, de semblante animado, humor vivaracho, opinión francamente liberal, de entendimiento notable y sobre todo muy astuto, había exhalado á menudo su descontento en casa de Mr. de Talleyrand con una osadía que hubo de merecer á su joven esposa una desgracia de corte; ésta le irritó y no lo disimulaba. El abate de Pradt relegado en su diócesis después de su lamentable embajada de Varsovia, y á cuyas dificultades había añadido todos los defectos de su carácter, había regresado á París cuando sufrimos los últimos descalabros, y hablaba como el duque de Dalberg en un

tono que habría debido notar la policía de oídos menos delicados. El barón Luis, medio comprometido en otro tiempo en las órdenes, de las que había salido después, exclusivamente dedicado á las ciencias económicas, dotado de un verdadero genio financiero, hombre á la vez vehemente y firme, amigo de la libertad en la línea de una política moderada, detestaba el régimen imperial por los motivos de un hombre ilustrado y frecuentaba con gusto un círculo donde encontraba con muchas luces todas las pasiones que le animaban.

Estos personajes y otros varios se reunían continuamente en casa de Mr. de Talleyrand, donde cambiaban entre sí la expresión de sus sentimientos. El petulante abate de Pradt decía con su presteza de modos ordinaria que era preciso poner á los Borbones en el puesto que ocupaban los Bonapartes; el duque de Dalberg no lo decía, al menos tan á menudo, si bien lo deseaba con igual ardor y era capaz de trabajar para ello más útilmente. El barón Luis pedía que se pusiera fin á un despotismo que desde hacía dos años parecía extravagante. Mr. de Talleyrand, con su indolencia ordinaria, escuchaba bastante para dar alas á los que hablaban de ese modo, si bien no era aún lo suficiente para hallarse personalmente comprometido. A veces, sin embargo, se franqueaba con uno de sus amigos, rara vez con dos, y cuando lo hacía era con el duque de Dalberg, cuya osadía, destreza y grandes relaciones le eran conocidas, y de quien podía prometerse un concurso eficaz. Consideraba al abate de Pradt como un aturrido, al barón Luis como un administrador inteligente, que podía servir en un caso dado; pero no les confiaba nada, pues en aquel momento no podía utilizar ni la ligereza del uno ni la seriedad del otro. Los dejaba hablar con una sonrisa que era á la vez como una aprobación y una evasiva; y luego, después de haberlos escuchado, salía de su casa, iba á hacer una visita al duque de Rovigo, con el pretexto de saber noticias, le manifestaba el más ardiente interés por el triunfo de nuestras armas, afectaba deplorar la poca habilidad de la mayor parte de los agentes de Napoleón, decía que era lástima que un hombre tan extraordinario estuviera tan mal servido, en lo cual encontraba al duque de Rovigo enteramente de acuerdo con él, pues este ministro, descontento de la mayor parte de sus colegas, y sintiendo que se hubiese separado de Mr. de Talleyrand, era de aquellos á quien se podía dirigir una crítica comedida del estado de las cosas, con tal que fuera hija del afecto y no del deseo de echar abajo lo existente. Mr. de Talleyrand afectaba ser cerca del duque de Rovigo uno de esos censores que critican con buen deseo, y no engañaba á su interlocutor sino á medias, pero era lo bastante para atenuar el efecto de los dichos que circulaban en la casa de la calle de Saint-Florentín. De vuelta en su salón, Mr. de Talleyrand permitía de nuevo las conversaciones más atrevidas; no confesaba sino al duque de Dalberg su deseo de substraerse á un yugo insostenible, buscaba con él los medios para conseguirlo, y á la verdad, eran muy pocos los que veía. Intentar alguna cosa mientras los extranjeros armados estaban tan lejos de París, le parecía impracticable. Una idea que les chocaba mucho al duque de Dalberg y á Mr. de Talleyrand era que los aliados, tanteando el terreno entre el Sena y el Marne y negociando en Chatillón, proporcionaban á Napoleón

las únicas probabilidades que tenía para salvarse. Romper toda negociación con él, presentarle desde luego á la Francia como el único obstáculo para la paz, y aprovechar una de sus idas y venidas para correr hacia la capital, era á sus ojos la única manera de zanjarlo todo. Apenas asomaran los aliados á las puertas de París, se haría un pronunciamiento, se proclamaría la destitución de Napoleón, y así romperían en sus manos la espada que era casi imposible arrancarle.

Esto es lo que Mr. de Talleyrand y el duque de Dalberg habrían querido que llegara á oídos de los soberanos aliados; pero, prueba singular del poco acuerdo existente entre el interior y el exterior, no habían podido hallar un intérprete que comunicara estas ideas. De esta manera, los señores de Polignac, que habían logrado escaparse, no habían llevado nada ni de Mr. de Talleyrand ni del duque de Dalberg, los únicos hombres que en aquel momento se hallaban en estado de servir á los Borbones.

Sin embargo, había en París un noble del Delfinado, dotado de mucho talento y valor, alistado en otro tiempo en el ejército de Condé, y que á pesar de haber conservado sentimientos realistas, se había unido con su compatriota Mr. de Montalivet, que le alcanzó el título de barón y el empleo de inspector de ganados imperiales. Pero poco adicto al imperio, sin embargo de estos pequeños favores, sentía palpar su corazón sólo con la esperanza de ver en Francia á los Borbones. Llamábase Mr. de Vitrolles. Aficionado á tener buenas relaciones por curiosidad y por ambición, las había entablado con el duque de Dalberg, que conocía á toda la gente belicosa, y por el duque de Dalberg había sido introducido en casa de Mr. de Talleyrand á quien visitaba á veces. Mr. de Dalberg, buscando un hombre que se atreviera á pasar al cuartel general de la coalición para transmitir los pensamientos de Mr. de Talleyrand y los suyos, había pensado en Mr. de Vitrolles y le había hallado enteramente dispuesto á emprender semejante viaje. Lo más difícil era acreditar á Mr. de Vitrolles cerca de los altos personajes, soberanos ó ministros que se hallaban tan pronto en Langres como en Brienne y en Troyes, según las alternativas de la guerra. Un solo hombre podía hacerlo, y de un modo que aquel que se presentara en su nombre fuese recibido inmediatamente, y este hombre era Mr. de Talleyrand. Pero nunca habría querido confiar á nadie una prueba positiva de su acción contra el gobierno establecido, y se había negado á enviar todo lo que no fueran consejos muy sensatos que serían transmitidos verbalmente á los soberanos y á los ministros de la coalición. Mr. de Dalberg, que no andaba en contemplaciones cuando podía dar un paso hacia su fin, suplía á lo que no osaba permitirse Mr. de Talleyrand.

Alemán de origen, había frecuentado mucho en Viena á Mr. de Stadión: dió á Mr. de Vitrolles algunas señales de reconocimiento para hacer constar que el portador se presentaba de su parte, y le puso en camino con la misión de llevar lo que acabamos de exponer, lo que el conde Pozzo-di-Borgo repetía todos los días al emperador Alejandro, es decir, que debía romperse toda negociación con Napoleón y marchar en derechura á París. El armisticio que parecía negociarse en las avanzadas, y cuya noticia había llegado ya á París, era á los ojos del

duque de Dalberg una razón para apresurarse y para hacer saber á los aliados que toda mano tendida por ellos á Napoleón le levantaba en el mismo momento en que estaba á punto de hundirse. Después de haber hablado á los ministros y los soberanos extranjeros, Mr. de Vitrolles debía ir á verse con el conde de Artois, que decía estaba en el Franco-Condado, para darle también

posible para darles una batalla decisiva. Pero este armisticio le convenía como medio de negociar directamente más cerca de sí, y bajo la impresión de los golpes que les daba cada día. Había, pues, consentido en mandar á las avanzadas á uno de sus edecanes, y había confiado esta misión al conde Flahaut, á quien dió por instrucciones (1): rechazar toda suspensión de armas durante



El duque de Dalberg

útiles consejos, de que este príncipe tenía más necesidad que los ministros de la coalición. Mr. de Vitrolles partió para Sens con pasaportes falsos y sin que nada supiese Mr. de Rovigo, pues el secreto había quedado encerrado entre MM. de Talleyrand, de Dalberg y de Vitrolles. Teniendo que atravesar los ejércitos franceses y aliados, debía vencer numerosas dificultades, y no podía llegar tan pronto al cuartel general hacia el cual se dirigía.

En tanto que se preparaban así los sordos manejos que debían contribuir más que las faltas á la caída de Napoleón, éste había entrado en Troyes, y se ocupaba del armisticio cuya proposición había recibido. El armisticio como medio de hacer ganar tiempo á los aliados y de hacérselo perder á él no le convenía ciertamente, pues por el contrario quería alcanzarlos lo más pronto

las conferencias, pues no quería que por un cambio de palabras, quizá insignificante, se le escapara el príncipe de Schwartzberg; exigir un preámbulo en el cual se empezaría por declarar que se iba á tratar de la paz sobre las bases de Francfort, y trazar, en fin, la línea de separación de los ejércitos beligerantes de manera que implicara la conservación de Maguncia y de Amberes para la Francia. Si se admitían estas condiciones, Napoleón, podía, en efecto, deponer las armas, pues probablemente no tendría que volverlas á tomar, teniendo la intención bien decidida de no proseguir la lucha si le dejaban la línea del Rin y de los Alpes. Pero soltar

(1) Estas instrucciones existen en la secretaría de Estado y no eran, como se ha dicho, puramente verbales. Su sentido se conoce, pues, de una manera cierta. (N. del A.)